

LA VERSÁTIL DOÑA GARBANZO- (IKER LOGROÑO - C1A)

“Nos pasamos los días acostados en los sofás, abrazando cojines que ocultan un garbanzo que se nos cayó ayer al almorzar. Mientras tanto, el tiempo pasa, los días cobran secuelas, y la muerte cierra puertas.

Nos pasamos la vida esperando el momento que ya tenemos al frente...”

Ahí paró la protagonista de esta historia de contar su relato y con el corazón en la pluma se echó a llorar. Sus ojos marrones claros se bañaban en grandes lagos de agua, sus mocos salían sin cesar ahogándola en cada respirar, su cara de invierno, aún más pálida. El desolado sentimiento que la acompañaba no paraba.

La gente la llamaba “Tristana, la loca de Malasaña”, por pasar recorriendo taciturna la plaza Dos de mayo donde por primera y última vez fue amada, con los años ya entrados y ningún anillo en su dedo clavado, soltando garbanzos a los bancos de palomas que a ella le acosaban, porque a pesar de andar desarreglada, la belleza que emanaba nunca fue igualada.

En la mañana trabajaba limpiando el portal 23 de la Calle del Escorial. Después se marchaba a su cuarto a seguir escribiendo versos oscuros sin posibilidad de encaje en ningún compás que pudiera soportar lo que Dolores quería expresar. Llegada la hora en la que el sol en primavera pegaba bueno, salía sin destino a dar vueltas por la bella ciudad de Madrid, pasando de Chamberí a Cuatro Caminos, pero siempre llegando al mismo lugar, aquella plaza de la que nunca supo escapar.

Conoció a grandes y pequeños personajes de la historia, pero ninguno la hizo olvidar a aquel señor con el que descubrió todo lo que con su cuerpo podía sentir. Mientras tanto, sacaba provecho de aquellas relaciones bañadas por la luna lujuriosa. Cuando el Sol llegaba asomar, los extraños que se amaron nunca se volvían a encontrar.

Pensaba en él cada día, cada mañana, cada vez que se iba a acostar, cada vez que respiraba, su mundo era él. Un hombre que había conocido hacía algunos años y que, un día, puesto su sayo se fue a trabajar y nunca volvió. La dejó con la sopa de garbanzos servida. Sí fueron a verla fueron las mujeres de los amigos de dicho señor, que, entre sollozos y lamentos, le contaban lo que acaba de ocurrir en la industria donde ellos trabajaban, mientras se acomodaban en los cojines.

Un hecho inverosímil pero que ocurrió. Nada volvió a ser normal desde entonces. Dolores dejó de cuidarse y su bigotillo floreció de la noche a la mañana. El tabaco que él fumaba se lo acabó, nada quedó de él ni de ella. Los dos murieron, pero ella no, ella seguía viva.

Al final tras una larga vida de vivir de lo que con su falda pudiera conseguir se suicidó. La misma noche en la que encontré su relato sobre la mesilla de noche y su cuerpo inerte.

“... Lamentándonos de la única verdad que he llegado a deducir, que lo único por lo que vale la pena vivir es morir.

Nada es eterno y mi cuerpo mañana será desecho, y el suyo, señor, mañana será igual. Así que le dejo todo lo que de mí pudiera quedar. Tal vez ahora, sí algún beso me podrá robar”.

FIN